

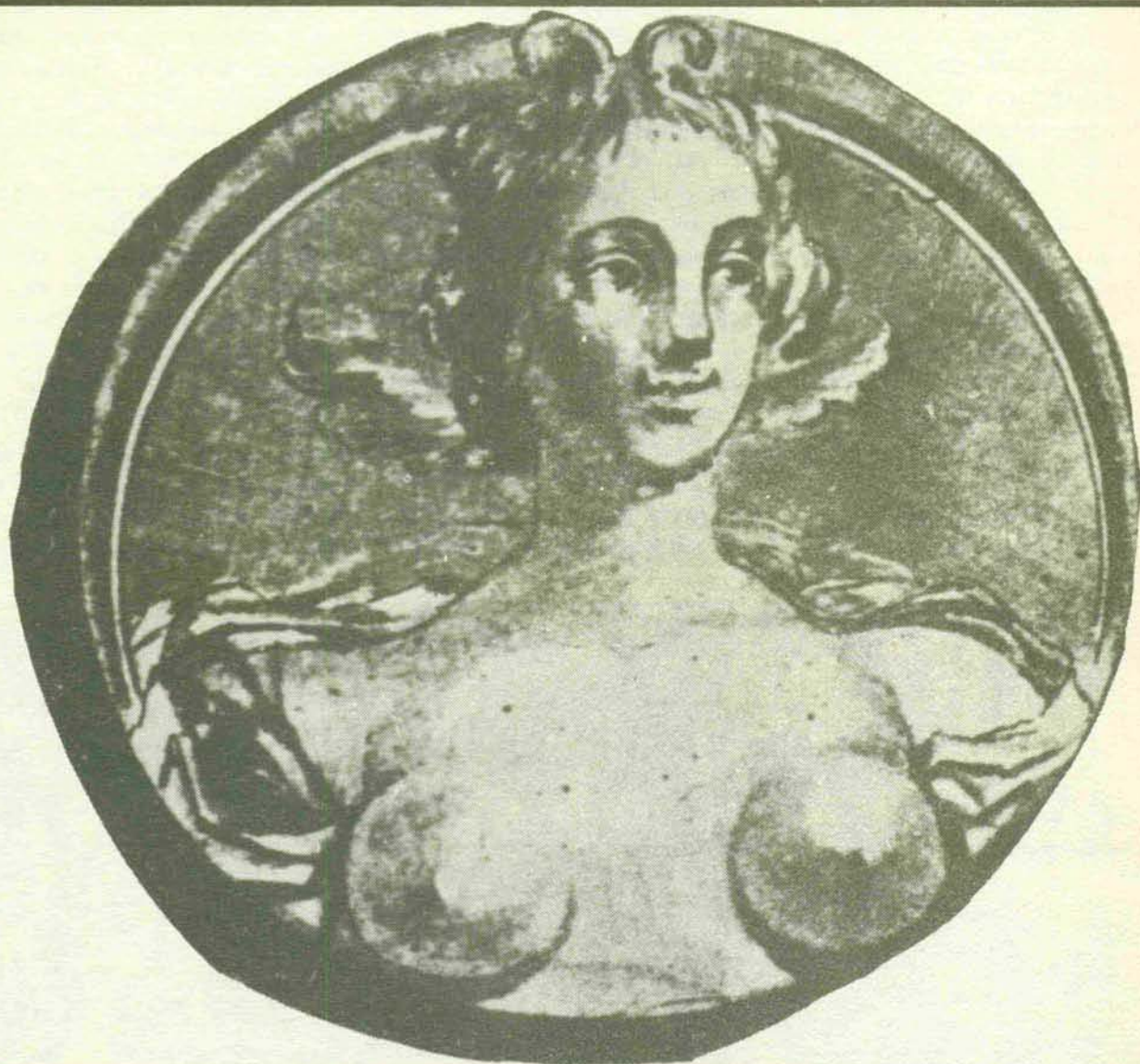
En el noveno centenario del nacimiento de Abelardo

Carlos Eugenio López



CON ocasión del noveno centenario del nacimiento de Pedro Abelardo, se vienen sucediendo en toda Francia los coloquios, publicaciones y actos públicos en torno a la figura del que fue para muchos el más grande filósofo del medievo a situar entre Boecio y Tomás de Aquino. Todo ello, y por más que la noticia que de Abelardo se dé en la prensa francesa no pocas veces carezca de un mínimo rigor, qué duda cabe que está contribuyendo al menos a que se coloque entre interrogantes su nombre en la mente de la mayoría. ¿Quién fue realmente Abelardo? ¿Cuál fue la importancia de su obra filosófica y teológica? ¿Quién fue Heloísa? ¿Qué carácter revistió su relación?

Memoria del “Incidente de Heloisa”



RESPONDER con cierta seriedad, aunque sólo fuese a una de estas preguntas, exigiría un espacio del que no puede disponerse en las páginas de ninguna publicación periódica. Ahora bien, la evidencia de la confusión que reina en torno a la figura de Abelardo autoriza, y aconseja, sobradamente el esbozo de una aproximación de conjunto a su personalidad; que se aleja tanto de la del protorracionalista herético que nos presentan muchas historias de la filosofía como del amante cursi, categoría a la que le ha relegado el tópico y la desmemoria del carácter real que revistieron sus relaciones con Heloísa.

LA IRRESISTIBLE ASCENSION DE PEDRO ABELARDO

Abelardo nace en Pallet (cerca de Nantes), en el seno de una familia de tradición militar a la que no son ajenos, sin embargo, ciertos refinamientos y preocupaciones intelectuales. De ahí que en el momento de elegir la carrera de la filosofía no haya de vencer ninguna oposición paterna. Al contrario, hasta parece animársele a partir a París, donde estudiará la dialéctica bajo la dirección del más prestigioso maestro de su tiempo, Guillermo de Champeaux.

No necesita más base Abelardo para iniciar su ruti-

lante carrera. En seguida, se enfrenta a su maestro, abandona la escuela de éste y abre la suya propia. Su fama no tarda en extenderse y muchos son los alumnos de Champeaux que abandonan sus cursos para seguir los de Abelardo. Ningún obstáculo puede detener a esas alturas su empuje. Ni siquiera la enfermedad que le obliga a retirarse a la Bretaña. Tal era ya su renombre que de vuelta a París aún se le recuerda. Y Abelardo no decepciona. Se enfrenta de nuevo a su antiguo maestro, y esta vez lo persigue tan encarnizadamente que le obliga no sólo al abandono de su doctrina de la indiferencia, sino prácticamente a la renuncia a la filosofía.

El prestigio de Abelardo, tras tal hazaña, es enorme, y

ello en una época en que la discusión filosófica es una verdadera pasión pública. Su método y su personalidad conmueven literalmente el mundo culto de aquel París de comienzos del siglo XII. Abelardo se lanza a la controversia con igual arrojo que un cruzado a la batalla, en eso rinde homenaje a la tradición familiar. El mismo lo dice cuando recuerda esos años de su vida en su «Historia Calamitatum»: «Entre todas las disciplinas de la filosofía —escribe—, la dialéctica y su arsenal era mi preferida; esas eran mis armas y no las de la guerra, yo sacrificaba los triunfos del combate a los de la disputa».

Y su éxito, en eso coinciden todos los historiadores aún novecientos años después, fue rotundo; hasta el punto



Llegada de Abelardo a París. Litografía del siglo XIX (París, Biblioteca Nacional).

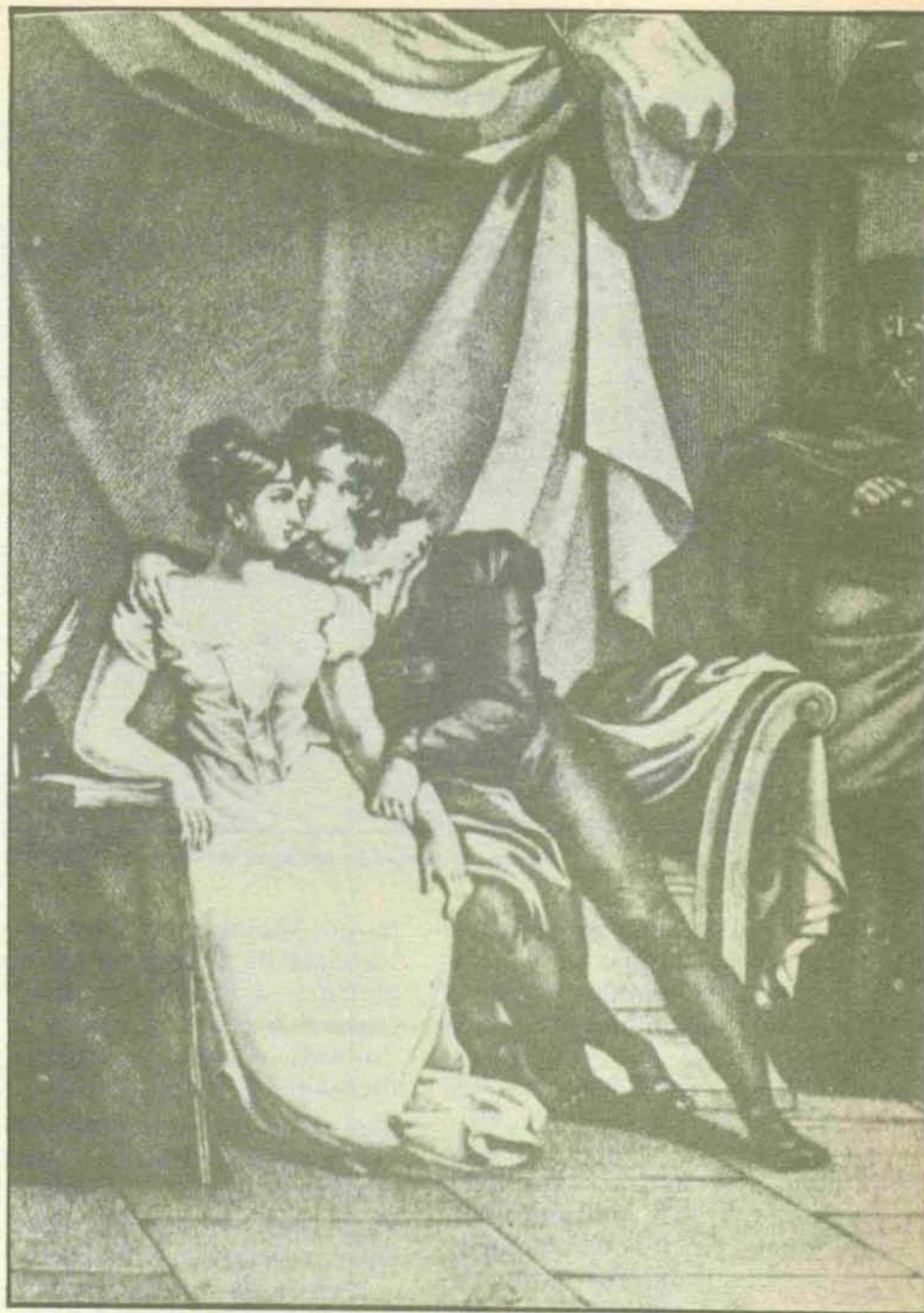
de que Gilson puede decir que «la persona y la obra de Abelardo dominan desde tan alto la enseñanza lógica de su siglo que estaríamos tentados de olvidarnos de sus adversarios si él mismo no nos hubiera traído al recuerdo al menos el nombre de uno». Este uno es, claro está, Guillermo de Champeaux; el resto, queda obnubilado por la figura de Abelardo.

«EL INCIDENTE DE HELOISA»

En ese momento, cuando Abelardo «brillaba por su reputación, juventud y belleza» (el entrecomillado es suyo), repara en que en París «había una joven bastante bonita llamada Heloísa» (siguen siendo palabras de Abelardo) y comienza a gestarse lo que en las pudorosas historias de la filosofía se denomina alusivamente «el incidente de Heloísa», sin mayor comentario, ni otra explicación. Tal comentario resulta, sin embargo, hoy imprescindible, tanto porque «el incidente de Heloísa» no es conocido por la mayoría en su exacta dimensión, como por cuanto su importancia en el futuro de la obra de Abelardo es innegable.

El incidente, por otra parte, ha pasado hace mucho en sus términos más crudos a la historia de la literatura. Ello gracias a los versos de François Villon, que lo recuerda en su «Ballade des Dames du Temps jadis», donde se pregunta:

*«Où est la très sage Heloïs,
Pour que Châtre fut, et puis moine,
Pierre Abeilard à Saint-Denis»*



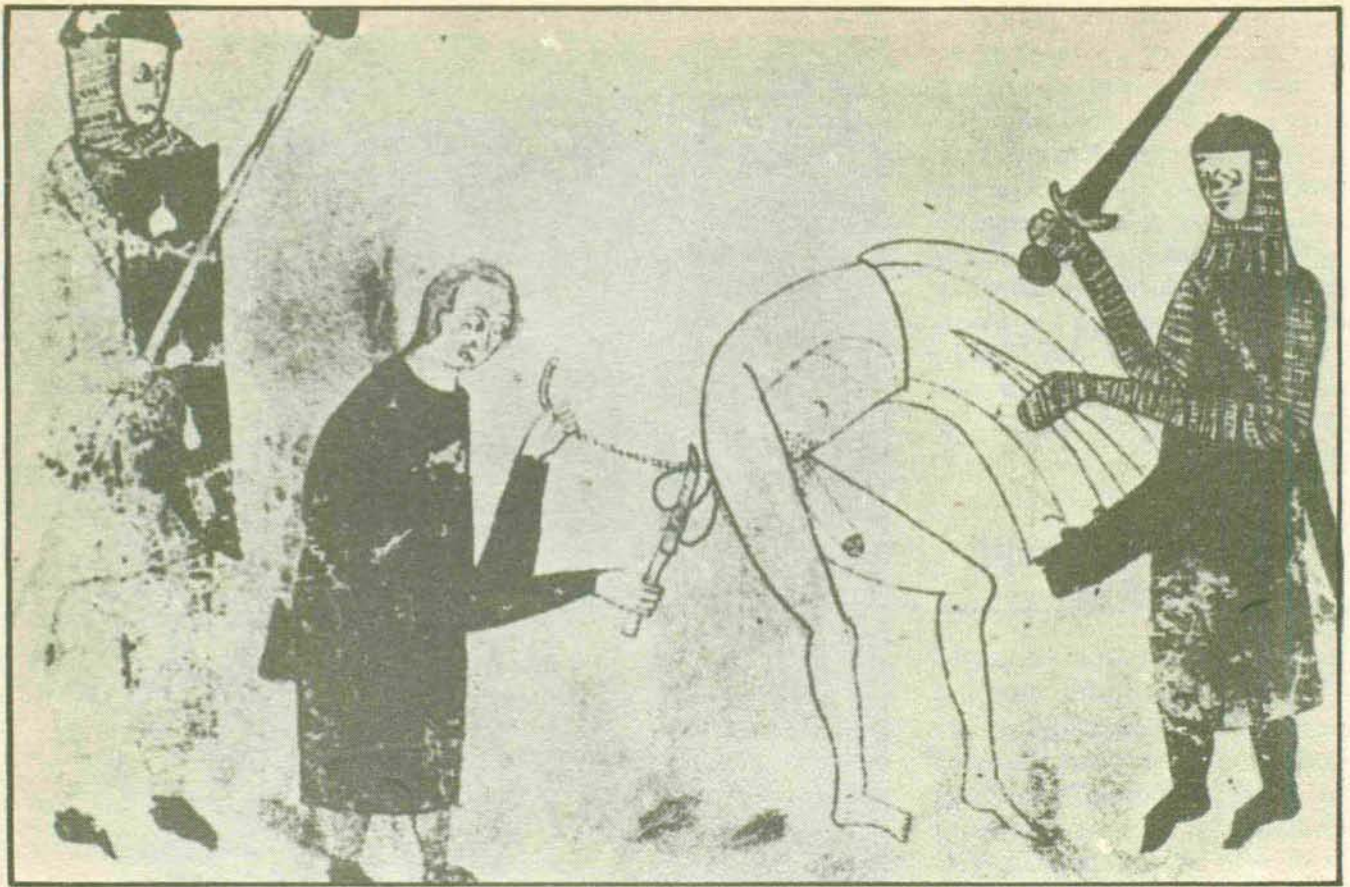
Abelardo y Heloísa. Grabado del siglo XIX. (París, Biblioteca Nacional).

Sus pormenores tampoco escapan a la historia de la filosofía, pues el propio Abelardo los refiere puntualmente en su ya citada «Historia Calamitatum».

Resumido, es el siguiente: Abelardo consigue tomar a Heloísa como alumna y, luego, la seduce, tanto por la fuerza de su personalidad como por la violencia física. Nada, pues, más alejado del

de un cursi que el comportamiento de Abelardo. Y nada más lejos asimismo de la cursilería que el género de sus relaciones subsiguientes. «Nuestro ardor —escribe Abelardo— conoció todas las fases del amor, y todos los refinamientos insólitos que el amor imagina experimentamos».

A estos refinamientos, es indudable que no fue ajeno un



Escena de mutilación. Miniatura del siglo XIII. (París, Biblioteca Nacional).

cierto sadomasoquismo, si no fuese imprudente referirse en semejantes términos a una relación erótica que tiene lugar en el siglo XII: «El amor me llevaba a veces a golpearla —dice Abelardo— (...) y la dulzura de esos golpes nos era más suave que cualquier bálsamo». De ellos, en cualquier caso, se acuerda vindictivamente Heloísa quince años después: «Lejos de lamentar los pecados que he cometido, pienso suspirando en los que ya no puedo cometer», escribe en su II carta a Abelardo.

A consecuencia de esos «pecados», Heloísa queda embarazada y el canónigo Fulberto, su tío, descubre por fin el verdadero carácter de las relaciones de su sobrina con su profesor de retórica. La pareja huye a Bretaña y allí vive un tiempo a cubierto de las iras familiares. Sin em-

bargo, Abelardo no puede resignarse al abandono de la gloria y, a fin de pactar su regreso a París, propone a Fulberto reparar la afrenta mediante el matrimonio.

Este se celebra en contra de los deseos de Heloísa (que prefiere el papel de amante al de esposa), acordándose entre Abelardo y Fulberto que no se dará noticia de él, lo que dañaría la carrera filosófica del primero. El rumor, no obstante, se extiende, y Abelardo no duda en recluir a su esposa en un convento para acallararlo de algún modo. El gesto no es bien visto por Fulberto y su reacción no puede ser más drástica: hace castrar a Abelardo.

«HISTORIA CALAMITATUM»

Estamos en el año 1118. El relato de su castración corre

de boca en boca. «¿Dónde ir? ¿Con qué talante reaparecer en público, cuando todos me señalarían con el dedo, me desgarrarían con sus comentarios?», se preguntaba Abelardo. Y concluye inmediatamente: «No sería ya para el mundo más que un monstruoso espectáculo».

Deja, por consiguiente, París y se cobija en la abadía de Saint-Denis (donde lo sitúan los versos de Villon). La marca que todo ello establece en su obra es manifiesta. Lejos de París, avergonzado de su condición de eunuco, renuncia a ser «el filósofo de los hombres —afirma él—, para convertirse en el de Dios». Esto es, abandona la filosofía para entregarse al estudio de la teología, a la que, por suerte o por desgracia para él, tratará de aportar los valores de su formación dialéctica.

El éxito en esta nueva empresa no tarda tampoco en acompañarle. Sus alumnos se multiplican. Sin embargo, su intransigencia con la inmoralidad del clero de su época, su permanente denuncia de la relajación que es regla entre los tonsurados acabará por granjearle todas las enemistades en el mundo religioso. Ahí deberíamos buscar los motivos de la obstinada persecución a que se le someterá en lo sucesivo, más que en el contenido de su obra.

Abelardo, ya lo hemos dicho, no es un hereje; ni siquiera un racionalista. El método presentado en su «El por y el contra», lo recogerá Tomás de Aquino en beneficio de su Summa Teológica y ello no le impedirá, sino al contrario, la canonización. Las posiciones defendidas por Abelardo en su «Diálogo entre un filósofo, un judío y un cristiano» están en muchos escritos patrísticos. Su condena en el concilio de Soissons (1121) tiene por origen más el desacato que el contenido herético de las tesis contenidas en su «De la unidad y Trinidad Divina», texto en el que en las últimas sesiones del concilio no se encontraba otro párrafo censurable que uno, no de Abelardo, sino en el que Abelardo citaba a ¡San Agustín!

Así, cuando San Bernardo inicia su particular cruzada contra él, parte en lucha contra un hombre al que sus ansias de universalizar su forzada castidad le habían opuesto ya con todo el estamento eclesial. Sus alumnos se multiplican. Cierto. Pero, al tiempo, ha de huir de Saint-Denis, bajo la amenaza de muerte. Refugiado en Saint-Gildas-de-

Rhuys, los intentos de envenenarlo se suceden; cuando parte de viaje, sus propios monjes le tienden emboscadas. Y en 1142, en el momento de su muerte, no se cuenta entre toda la clerecía francesa más que un hombre a lamentar su pérdida, Pedro el Venerable, que lo había recogido en Cluny dos años antes, cuando el Papa Inocencio III condenó el conjunto de su obra, retirando a

Abelardo el derecho a la enseñanza, como pedía el Concilio de Sens.

LA PASION, ¿IMPOSIBLE?

Estas son las circunstancias que nos hacen destacar el interés de la memoria del «incidente de Heloísa». Difícil es escribir la biografía de un hombre olvidándose de la



Abelardo (en la miniatura que sostiene Heloísa en sus manos). Grabado del siglo XIX. (París, Biblioteca Nacional).

vida que realmente vivió. Abelardo hubiese acabado chocando probablemente de todos modos con las autoridades religiosas; su interés por la teología es anterior a 1118, y ya lo había enfrentado con Anselmo de Laon. Sin embargo, puede defenderse con decencia la tesis de que difícilmente hubiese caído tan fervorosamente en el culto que profesó en los últimos años de su vida a la castidad de no

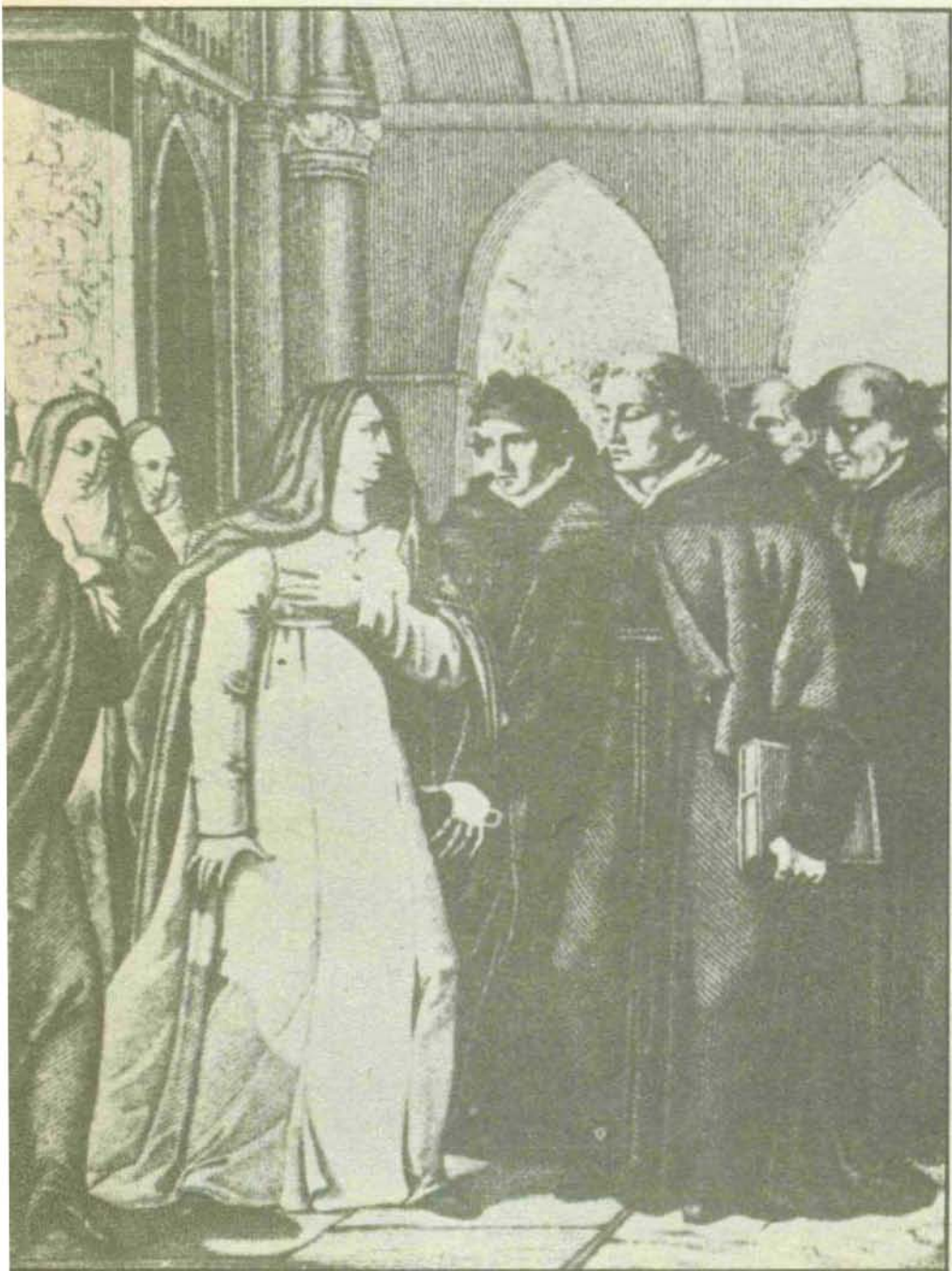
haber sido castrado. Igualmente, es lícito dudar que hubiera fomentado con el mismo ardor la enemistad general de no ser la voluptuosidad del sufrimiento la única a su alcance.

En este punto, el estudio de la correspondencia con Heloísa no puede ser más sugerente. Abelardo apenas si oculta hacia donde sublima a esas alturas (1132) sus pasiones: hacia el ejemplo de Jeremías. Heloísa le ofrece la

posibilidad de rememorar el placer; él se niega. Su pasión no puede ya (o no quiere o no tolera) consolarse con ese tipo de juego erótico-literario que se le propone; su pasión sólo encuentra consuelo en el martirio.

Al fin y al cabo, sólo la mortificación salva, sólo la persecución nos dignifica ante Dios y ante nosotros mismos. Si el dolor físico de su castración no puede, a su juicio, lavar su pecado, su desgraciada existencia posterior sí. La conclusión se impone: tanto mayor será su gracia cuanto más intensa sea su persecución, cuanto más calamitosa sea su historia. Y, pensando como lo hace, no cae de nuevo (nunca cayó) en la herejía, se mantiene en la más estricta ortodoxia evangélica: «Según las palabras del apóstol (San Pablo) todo quien quiera vivir piadosamente en Cristo sufrirá persecución», le recuerda Abelardo a Heloísa, que se queja de la miseria en que se debaten.

¿Cómo pretender siquiera limitarla? ¿No es la persecución a que se le somete un signo de santidad? ¿No lo es también su castración, analizando profundamente su raíz? Pues si es cierto que en el Deuteronomio puede leerse que «el eunuco, cuyos testículos hayan sido aplastados o amputados, no entrará en la Asamblea del Señor», si es cierto que en Levíticos se censura la ofrenda de animales castrados; no lo es menos que Isaías afirma que Dios prefiere, entre todos los fieles, a los eunucos, y que aquellos que observen el sabbat tendrán su puesto privilegiado en el cielo, y que el propio Orígenes se autocastró a fin de librarse de la concupiscencia.

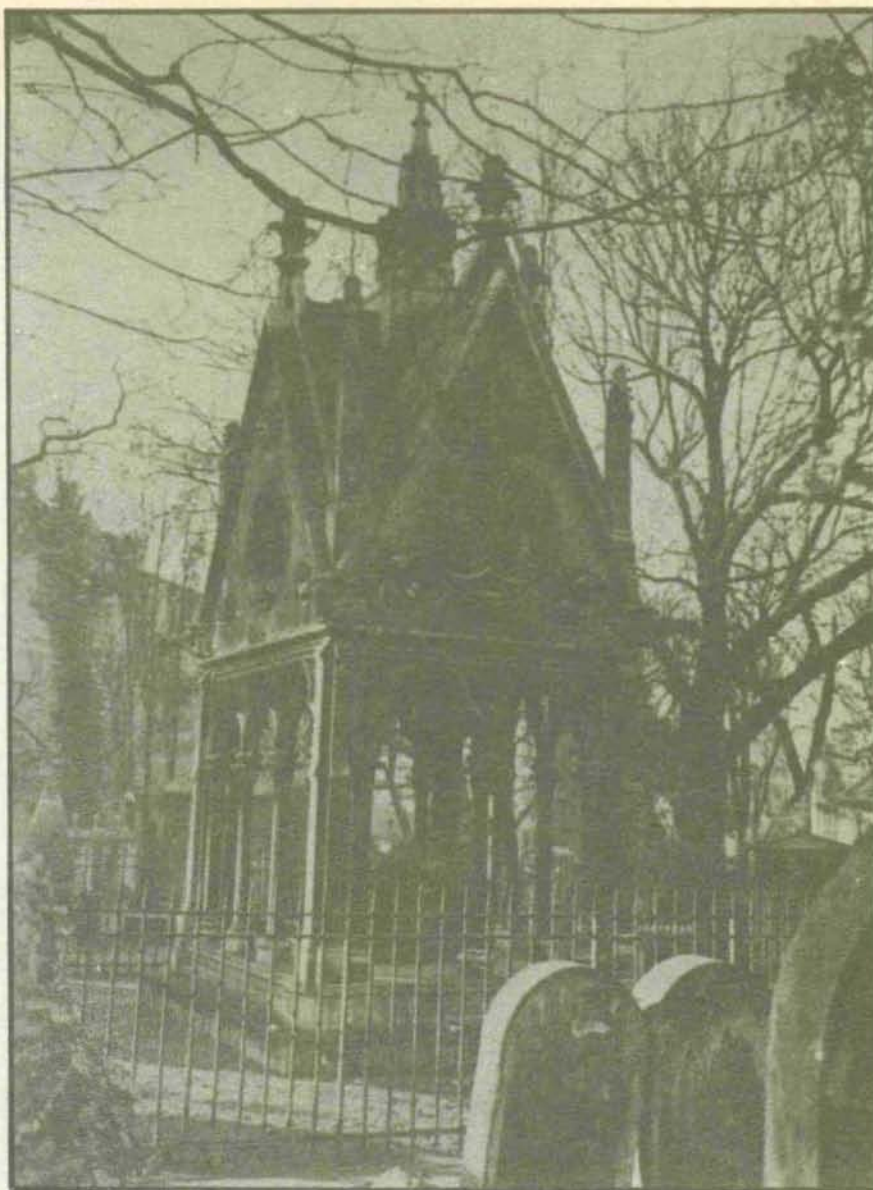


El último encuentro de Abelardo y Heloísa. Grabado del siglo XIX. (Paris, Biblioteca Nacional).

Verdad que es el de Abelardo otro caso, parece leerse en cada pausa de esta V carta. Pero no menos digno; por contra, mucho más. Abelardo defiende estar expiando su pecado con la persecución a que se le somete.

Por tanto el incidente (para él también incidente) de su castración debe considerarse no como castigo a su lujuria, sino independientemente. Desde tal perspectiva, su superioridad sobre Orígenes es manifiesta: «El —dice Abelardo— cedió a una tentación diabólica y cometió un error insigne, ejecutando por sí mismo eso que la bondad divina hizo ejecutar en mí por mano de otro».

Esta será la verdadera pasión de Abelardo a partir de 1118, a partir del «incidente de Heloísa», la de la vindicación del eunuco y la persecución de la persecución. La frase que le hubiese gustado escribir, y que cita, es la de Jeremías: «¡Oh!, todos los que pasáis por el camino, reflexionad y vez si existe un dolor comparable a mi dolor». ■ C. E. L.



Mausoleo de Abelardo y Heloísa, erigido en 1779, en la abadía del Paracletto y trasladado al cementerio del Pere-Lachaise de París, en 1817. (Malvisi).



Capitel con la representación de Abelardo y Heloísa. (París. Consejería. Sala de las Gentes de Armas).